11229

PEDRO MUÑOZ SECA

UNA LECTURA

ENTREMÉS EN PROSA, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

A la mas genial de las actrices españolas su ferviente admirador.

P. Muñoz Seca

UNA LECTURA

A mi querido amigo,

El Excmo. Sr. Conde de Casa Segovia

en testimonio de simpatías y afecto.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSITA.....	Srta. Pérez de Vargas.
NICOLÁS	Sr. Mendiguchía.
DON MELQUIADES.....	Ramírez.
RAMÓN...	Acuña.

Primer apuntador: P. Liquiñano
Segundo ídem: Vico (D. A.)

ACTO UNICO

Gabinete ricamente amueblado. Un practicable en el fondo y otro en cada lateral. Epoca actual. Es de día

ESCENA PRIMERA

DON MELQUIADES y luego RAMÓN

MELQ (En traje de casa. Está sentado ante una mesita en la que hay un elegante timbre y una bandeja de plata con varios sobres abiertos.) ¿A ver? ¿No hay más? Sí; esta es del interior. (Toma de la bandeja un sobre, lo rasga, saca de su interior un plieguecillo de papel escrito y busca la firma.) ¡Hombre! ¡De don Gabriel! (Lee.) ¿En? ¡Por vida del diablo! ¿Otro drama? ¿Otra lectura? ¡Esto es inaguantable! Me han leído once obras en lo que va de mes y estamos á doce; casi á lectura por día. ¡Jesús! (Hace sonar el timbre.) En qué mala hora me declaré partidario de las buenas letras. Esto no hay quien lo soporte.

RAM. (Por el fondo.) ¿Señor?

MELQ. Diga usted á la señorita que haga el favor de venir; no podemos salir esta tarde. (Vase Ramón por la derecha.) Estoy divertido. Y nada menos que un drama en cinco actos. ¡Claro!

672026

Conocen mi afición á la literatura, mis influencias en los teatros y ya se creen todos los autores noveles con el perfecto derecho de venir á importunarme con lecturas y más lecturas, como si yo no tuviese otra cosa que hacer. Nada; pues se acabó.

ESCENA II

DON MELQUIADES y ROSITA

ROS. (En traje de calle y con el sombrero puesto.) ¿Pero qué dices, papá? ¿Que no salimos?

MELQ. Imposible, hija mía; siento proporcionarte ese disgusto, pero me escribe don Gabriel encareciéndome y hasta rogándome que aguarde de tres á cuatro á un chico que le han recomendado de provincias y que viene á leerme un drama en cinco actos.

ROS. ¡Dios mío! ¡Otro drama! Hay para patear de de rabia. ¡Y quedarnos sin salir por ese motivo! Mira, papá; te hablo muy seriamente. Con tanto drama nos están amargando la vida. Yo llevo ya cinco noches con pesadillas y es de los dramas; nada más que de los dramas. Esto no puede seguir así.

MELQ. Tienes razón, pero ¿qué hacer, Rosita? Yo no puedo desairar á don Gabriel.

ROS. Más valiera que tus amigos te mandaran pleitos, no latas.

MELQ. Dices bien. ¡Lo que me gustaría encontrar un pleito!

ROS. No sé para qué te has dado de alta en el Colegio de Abogados.

MELQ. Es verdad. Hace dos días recibí carta de Humanes, el procurador, y me decía que vendría en su nombre un señor á confiarme un asunto, pero... nada.

ROS. ¡Claro! No se acuerdan de tí, más que para mandarte tabarras. ¡Jesús! ¡Cinco actos! ¡Y quedarnos sin salir! Mira, papá; es necesario que ese señor no te lea el drama.

MELQ. Mujer; eso es imposible. ¿Cómo eludir el compromiso? ¿Qué diría Gabriel?

ROS. Diga lo que diga. No quiero quedarme sin salir. Tú debes hacer una cosa: á ver qué te parece.

MELQ Veamos.

ROS. Mira; figúrate que viene ese señor: le recibes, ó le recibimos, porque con eso me distraigo y cuando vaya á leerte la obra, le dices: «Caballero; todavía no; cuénteme usted antes el asunto.» Bueno—dirá él— y ¡paf! empieza á contarte el asunto, y nosotros comenzamos á decirle, muy mal; muy mal; eso no es dramático; eso no es teatral, eso se asemeja á tal obra francesa; cualquier cosa y es natural viendo que no te gusta el asunto, no te lee el drama, se marcha, podemos salir y tú quedas con don Gabriel perfectísimamente.

MELQ. Pues mira, has tenido la gran ocurrencia; voy á seguir tu consejo al pie de la letra. Estoy ya harto de tanta lectura.

ROS. ¡Y cinco actos! ¡Imposible!

ESCENA III

DICHOS y RAMÓN

RAM. (Por el fondo.) ¿Señor?

MELQ ¿Qué?

RAM. Un joven vestido de levita y con un rollo de papeles debajo del brazo, pregunta por usted.

MELQ. Ese es mi hombre.

ROS. ¡Y viene de tiros largos!

MELQ. Me obligará á vestirme.

ROS. ¡Claro!

MELQ (A Ramón.) Páselo usted aquí. (Vase Ramón por el fondo.) Mira, voy á ponerme la levita.

ROS. Y yo á quitarme el sombrero. ¡Jesús cuánto fastidio!

MELQ ¡Malhaya sea la literatura!

ROS. Que no olvides lo convenido.

MELQ. Descuida. (Hacen mutis, Rosita por la derecha y don Melquiades por la izquierda.)

ESCENA IV

NICOLÁS y RAMÓN

RAM. (Por el fondo.) Pase usted caballero.

NIC. Gracias; muchas gracias. (Como antes se indica viene de levita y trae bajo el brazo un voluminoso rollo de papeles.)

RAM. Tome asiento; voy á pasar recado.

NIC. Gracias, gracias. (Vase Ramón por la izquierda.) ¡Caramba! tiene un bufete muy lujoso este abogado. Se conoce que debe ganar mucho dinero Yo creo que habrá recibido este señor la carta en que me recomendaba Humanes. ¡Ay! quiera Dios que se encargue de mi pleito y que lo tome con mucho interés. Porque yo lo que necesito es esto; un abogado de conciencia que me defienda que...

ESCENA V

NICOLÁS y DON MELQUIADES

MELQ (De levita.) Beso á usted la mano.

NIC. Para servir á usted. ¿Tengo el honor de hablar con don Melquiades de la Rivera?

MELQ Sí señor.

NIC. (Estrechándole la mano.) Tanto gusto. Nicolás Miranda, para servirle.

MELQ Muchas gracias.

NIC. De nada.

MELQ Pero siéntese.

NIC. Usted primero.

MELQ Gracias. (Sentándose.)

NIC. De nada. (Se sienta también.) No sé si habrá recibido usted una carta en la que...

MELQ (Interrumpiéndole.) Sí señor, hace un momento; aguardaba á usted; tan es así que pensaba salir y he aplazado mi salida.

NIC. Es usted muy amable.

MELQ. Gracias.

NIC. De nada. Sabrá usted, por tanto, cuál es el objeto que me obliga á molestarle

MELQ. Nada de molestias. Mis amigos considerándome aun más perito de lo que soy en estas cuestiones de letras, me honran con sus consultas y hasta acatan mi voto como sentencia firme. En realidad no soy más que un buen aficionado.

NIC. Esa modestia le honra.

MELQ. Mil gracias.

NIC. De nada. (Qué señor tan amable.)

MELQ. (¡Cuánto abulta el drama!) Pues sí: Advierto á usted que, debido sin duda á mi larga práctica, yo no escucho jamás lectura alguna.

NIC. ¡Claro!

MELQ. Me basta con que se me cuente el asunto, vaya, el argumento.

NIC. Comprendido: y usted se hace cargo de ello y dictamina.

MELQ. Justo.

NIC. De modo que á usted le gusta que se le exponga el asunto como si fuere el relato de un sucedido.

MELQ. O escena por escena: me da igual.

NIC. Escena por escena sería imposible, caballero. ¡Hay tantas escenas incontables: más de mil; necesitaría muchos días para exponerlas!

MELQ. (¡Más de mil escenas! Así abulta tantísimo.)

NIC. Mi asunto, señor don Melquiades, se reduce á un drama de familia.

MELQ. Me gusta la cuerda. Las cuestiones de familia me agradan mucho más que las sociales. Hay en ellas más alma, mas delicadeza; es mucho más fácil conmover.

NIC. ¡Oh! Yo con esto he sufrido mucho.

MELQ. Mejor.

NIC. ¿Eh?

MELQ. Ya lo dijo Horacio: si quieres verme llorar, tienes tú que condolerte primero.

NIC. Sí; sí, señor. (No le he comprendido.) Bien; pues si le parece empezaré... (Se coloca el rollo sobre las rodillas.)

MELQ. (Precipitadamente.) ¡Nada de lecturas! De palabra, de palabra.

NIC. Pero si no voy á leer.

MELQ. Aguarde usted un momento. Llamaré á mi hija que es tan entusiasta como yo de todo lo que simbolice idéa de arte.

NIC. ¡Bueno!

MELQ. ¡Rosa! ¡Rosita! (Llamando.)

NIC. (¡Es raro! ¡Qué pito tocará la hija...!)

ESCENA VI

NICOLÁS, DON MELQUIADES y ROSITA

ROS. (Por la derecha.) Beso á usted la mano.

MELQ. (Presentando.) Mi hija Rosa; el señor Miranda. (Saludos.)

ROS. Siéntese. (Toman asiento quedando Nicolás en medio.)

NIC. Yo sentiría muchísimo apenar á usted con el triste relato de este asunto, pero...

ROS No; no, señor; no me apeno: antes al contrario, yo gozo mucho con estas cosas.

NIC. Sí, ¿eh?

ROS. Muchísimo, ¿verdad, papá?

MELQ. Sí, señor. (Nicolás se separa un poco de ella.)

NIC. ¡Vaya! (¡Vaya un corazón!)

MELQ. (A Rosita y con cierto pitorreo.) Te advierto que se trata de un drama de familia.

ROS ¡Oh! Será precioso.

NIC. No; de precioso tiene bastante poco. (¡Qué niña tan cargante!)

MELQ. (Como antes.) Va á relatarnos en breves palabras el asunto, porque escena por escena es imposible: dice que hay más de mil.

ROS. ¡Mil escenas! (Ríe.) ¿No ve usted? Ya me estoy riendo.

NIC. Ya; ya lo veo. (Qué antipática.)

MELQ. Vamos á ver, señor Miranda; empiece usted.

NIC. Sí, señor. Bueno; ante todo: ya supondrá usted que yo soy el protagonista de este pequeño drama.

ROS. (¡Y le llama pequeño!)

NIC. Yo, involuntariamente desde luego, empiezo á ser protagonista desde el momento de nacer.

MELQ. (Como antes.) Hombre, eso es nuevo.

ROS. (Sofocando la risa.) Un protagonista en pañales.

NIC. Es verdad, pero tiene su explicación, porque al nacer yo, muere mi madre y...

MELQ. ¡Mal empiezo!

ROS. ¡Muy mal!

MELQ. ¿Muere al principio? Es decir, ¿en qué acto muere su madre de usted?

NIC. En el acto del alumbramiento. (Don Melquiades y Rosita ríen á carcajadas.)

MELQ. Es usted muy ocurrente.

NIC. Muchas gracias. (Creo que me están tomando el pelo.)

MELQ. Adelante, siga usted. (Sin dejar de reir.)

NIC. Sí, señor; pues como mi padre era pobre y mi madre era rica, al morir ella, yo fuí el rico.

ROS. ¡Claro!

NIC. Todo el mundo me llamba rico cuando pequeño.

MELQ. Naturalmente. ¿Qué se le ha de llamar á un niño?

NIC. Pues bien, á los tres meses de viudo, mi padre hace la locura de volverse á casar.

MELQ. (Torciendo el gesto.) Mal va usted, señor Miranda.

NIC. ¿Eh?

ROS. Eso es muy vulgar; no me gusta.

MELQ. Ni á mí.

NIC. Ni á nadie. ¿A quién puede gustarle eso? ¡Un hombre á los tres meses de viudo!... Bien es verdad que mi padre es todo un carácter.

MELQ. ¿Interviene mucho en la acción?

NIC. ¿En qué acción?

MELQ. En el drama.

NIC. ¡Oh! Sí, señor.

ROS. ¿Y cómo le pinta usted?

NIC. ¿Que cómo le pinto?

ROS. Quiero decir que cómo le presenta usted.

MELQ. Será un tipo descarnado...

NIC. No, señor; es bajo, grueso y con un brazo más corto que otro.

ROS. ¡Ay! ¡Por Dios! Eso hace muy feo.

MELQ. ¡Horrible!

ROS. ¿Por qué no le quita usted lo del brazo más corto?

NIC. Porque... porque es de nacimiento. (Ríen don Melquiades y Rosita.) (Parecen tontos: y nada, que me están tomando el pelo.)

MELQ. (Pero este autor es idiota.)

ROS. ¿De modo que su padre vuelve á casarse?

NIC. Sí, señora; vuelve á casarse, y desde el primer día mi madrastra me cobró un odio profundo.

ROS. Lo de siempre; también eso es muy vulgar.

NIC. Yo he crecido á fuerza de golpes. Recuerdo una escena terrible en que mi madrastra provista de un garrote...

MELQ. (Interrumpiéndole) Señor Miranda, eso no puede pasar. Nada de palos, nada de golpes. Eso está muy mal.

NIC. ¿Verdad que sí? ¡Ensañarse con una criatura!...

MELQ. Es preciso que suprima usted lo de los golpes; nada de garrote.

ROS. Sí, señor; suprímalos usted: es un buen consejo.

NIC. Pero...

MELQ. Acuda usted á otro procedimiento; es preferible que su madrastra le mate de una vez.

NIC. ¿Eh?

ROS. Sí, señor; es preferible.

NIC. ¿Que me mate? Pero... (¡Ay! ¿Dónde me he metido yo?)

MELQ. Además, en una obra francesa hay algo análogo.

Ros. Y en otra española, porque usted habrá oído hablar de *El médico á palos.*

Nic. Sí, sí... (¿Pero de qué me habla esta gente?)

Melq. Continúe usted, señor Miranda.

Nic. Sí, señor, sí. Pues... (Me da miedo de este señor.) Pues como mi madrastra no tenía un céntimo, concibió la idea de robarme, y en efecto, me despojó de mi fortuna: me robó.

Melq. Eso está bien.

Nic. ¿Eh? ¿Qué está bien? (Asombrado.)

Melq. Ya se ve algo.

Ros. ¿Y qué hace usted al verse robado?

Nic. Verá usted. Aquí puede decirse que empieza el drama.

Melq. ¡Demonio! ¿Y todo lo anterior? ¿Se cuenta?

Nic. ¡Pues no se había de contar! (Este hombre es tonto.)

Melq. (Esto no es un drama: es un cien pies.)

Ros. (¡Y que estemos soportando á este imbécil!)

Nic. Mire usted: al cumplir yo la mayor edad y darme cuenta de mi situación, voy y pido á mi padre que me haga entrega de mi fortuna. ¡Qué escena aquella, señor Rivera!

Melq. Eso no está mal pensado. Una escena valiente, sí señor.

Nic. Mi padre me arroja una botella á la cabeza.

Ros. ¡Jesús!

Nic. Mi madrastra me persigue enfurecida.

Melq. ¡Nada de eso!

Nic. Entre los dos me acribillan.

Melq. ¡Eso no puede ser, no puede ser!

Nic. Va usted á convencerse de ello: mire usted qué cicatriz. (Acerca el cuello.)

Melq. Pero...

Ros. (¿A qué vendrá la cicatriz?)

Nic. Y no es eso solo: entre los dos me arrojan de su casa, de su casa que es la mía, únicamente mía, y se da el triste caso de que yo, el rico de otros tiempos, el que se meció en cuna de plata, se ve en medio del arroyo, sin techo que le acobije ni alimento que le conforte. ¡Qué situación! (Muy afectado.)

Melq. Muy bien. ¿Usted no ve? Como le digo una cosa le digo otra. Esa situación es bonita.

NIC. ¿Eh?

MELQ. Así, el que nació en cuna de plata sin alimento que le acobige, ni techo que le conforte. Eso me gusta.

NIC. ¡Caballero! ¿Habla usted en serio?

MELQ. Sí, señor.

ROS. Ahí tiene usted un aplauso.

MELQ. Verdad; ahí tiene usted un aplauso.

NIC. ¿Dónde?

MELQ. ¡Ahí, ahí!

NIC. (¡Pero dónde tendré yo un aplauso!)

ROS. Siga usted que ya me voy interesando.

MELQ Sí; continúe usted.

NIC. Pues nada, que al verme en situación tan angustiosa, quise pegarme un tiro, pero un amigo me quitó el tiro de la cabeza.

ROS. ¡Ah! Muy original.

NIC. Y como me encontraba falto de recursos, acudí á un prestamista en demanda de protección; le conté cuanto me sucedía, me facilitó mil pesetas, con las que estoy viviendo y aquí termina el asunto.

MELQ. (Estupefacto.) ¿Es posible?

ROS. (Como don Melquíades.) ¿Que ahí termina el asunto?

NIC. Sí, señores, aquí termina; ¿qué le parece á ustedes?

MELQ. (¡Dios mío, qué hombre tan bruto!)

ROS. (¡Vaya un drama!)

MELQ. Pero hombre de Dios, no no veo que en esto haya interés ni...

NIC. En lo del prestamista, sí, señor.

MELQ. Le digo á usted que no; si sabré yo de estas cosas.

NIC. Permítame usted que le diga que sí; el dieciocho por ciento: va usted á verlo. (Busca entre los papeles.)

MELQ. ¡No, no por Dios! (Levantándose horrorizado.)

ROS. ¡No lea usted! (Levantándose también.) ¡No lea usted!

MELQ. ¡Nada de lecturas!

NIC. ¡Aquí está! Son seis renglones.

MELQ. ¡Por favor!

NIC. (Leyendo.) «En la villa y corte de Madrid, á

siete de Octubre de mil novecientos seis, ante mí, don Rafael Pedrero de San Ginés de la Rodela, notario, etc., etc., etc. Comparecen don Nicolás Miranda y Macías, mayor de edad...» (Melquiades y Rosita ríen á carcajadas.) ¿Eh? ¿Pero se están ustedes mofando de mí?

MELQ. Señor Miranda, usted no ha estrenado ninguna obra, ¿verdad?

NIC. Yo, no señor.

MELQ. Unicamente así se comprende. ¿Usted cree que hay público que resista eso? ¡Si eso es una escritura pública!

NIC. Sí, señor.

MELQ. Pues lo patean á usted.

ROS. Le gritan á usted.

MELQ. Nada de escritura; suprima usted la escritura.

NIC. (¡Dios santo! ¡Pero qué abogado es este!)

ESCENA VII

DICHOS y RAMÓN

RAM. (Por el fondo.) ¿Señor? Esta carta urgente.

MELQ. (Abriéndola.) Con su permiso.

NIC. (Que suprima los golpes, que suprima la escritura...)

MELQ. Es de Gabriel; de Gabriel, señor Miranda.

NIC. ¿De Gabriel? Bueno. (No sé quién es Gabriel.)

MELQ. (Leyendo en alta voz.) «Querido amigo, no esperes á mi recomendado; se ha puesto repentinamente enfermo y otro día irá á leerte su drama» (Se le cae la carta de las manos.) ¿Eh? (Queda en el centro de la escena.)

ROS. ¡Ay! (A Ramón que va á hacer mutis.) ¡No! No se vaya usted. (Queda Ramón en la puerta del fondo.)

MELQ. (¡Demonio! Pero entonces, ¿quién es este señor?) (Miran á Nicolás con recelo.)

ROS. (Aparte á Melquiades.) ¿Quién es este señor, papá?

MELQ. (Aparte á Rosa.) Vaya usted á saber.
NIC. (Cómo me miran.)
MELQ. (Idem.) Debe ser uno de esos latosos que se empeñan en leer su drama á todo el mundo.
ROS (Idem.) ¡Qué descaro!
MELQ. (Idem.) Verás ahora. (A Nicolás) De modo, señor Miranda, que ese es su drama, ¿eh?
NIC. Sí, señor. ¿Le agrada á usted el asunto?
MELQ. Ni me agrada ni le tolero que vuelva de nuevo á importunarme con imbecilidades de ese género.
NIC. ¡Caballero!
MELQ. No empleo yo mi tiempo en escuchar estupideces.
NIC. ¡Oiga usted!
MELQ. Ramón, acompañe usted á este señor.
NIC. Es decir que me arroja usted de su casa.
MELQ. (Volviéndole la espalda.) Beso á usted la mano.
NIC. Sí, señor, me voy; pero nos veremos. ¡Ya lo creo que nos veremos!
RAM. Salga usted.
NIC. (Desde la puerta.) Y ya diré yo al señor Humanes qué clase de abogado es usted. (Hace mutis empujado por Ramón.)
MELQ. ¿Humanes? ¿Ha dicho Humanes?
ROS. ¡Dios mío!
MELQ. Luego este señor...
ROS. Era el del pleito.
MELQ. ¡Jesús! ¡El del pleito! (Hace mutis gritando como un loco.) ¡Miranda! ¡Señor Miranda!
ROS. ¡Miranda! (Vase tras don Melquiades.)
MELQ. (Dentro.) ¡Venga usted acá!
NIC. (Idem.) ¡Caballero!
MELQ. ¡Quisquilloso! (Rosa y don Melquiades traen á Nicolás casi á rastras. Ramón le empuja por detrás. Nicolás trae el sombrero de copa, estrujado.) ¡Mi querido amigo! ¡Si todo ha sido una broma! ¡A ver! Ramón, este sombrero á la sombrerería; que lo planchen.
NIC. Pero...
MELQ. Usted se calla. Rosita, un poco de Jerez y unas pastas. ¡Pronto!
ROS En seguida.
MELQ. ¡Con las ganas que tengo de un pleito!

NIC. (¡Al instante se lo confío yo á este loco!)

MELQ. Pronto, ¡Ramón! ¡Rosita! el sombrero, las pastas. ¡Ea! Pasemos á mi despacho y cuéntemelo usted todo, sin omitir nada; pero antes, aguarde usted. (Al público.)

Veré mi dicha colmada
si el entremés ha gustado
y nos dais una palmada.

FIN DEL ENTREMÉS

Obras del mismo autor

Las guerreras, juguete cómico-lírico.
El contrabando, sainete. (Segunda edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa.
Manolo el afilador, sainete lírico.
El contrabando, sainete lírico. (Segunda edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico.
El triunfo de Venus, zarzuela.
Una lectura, entremés en prosa.

Precio: UNA peseta